

10
CTS

LA NOVELA
DEL CINE
MODERNO

MARGOT GRAHAM
HENRY KENDALL

TIMBUCTOO



SUMMERS, Walter

BIBLIOTECA DEL CINE MODERNO

FILMS DE CALIDAD

Editorial MARCO
CALLE UNION, 21 - BARCELONA

"Timbuctoo" 1933

TIMBUCTÚ

Interesante producción cómica-documental de la "British Internacional".

INTERPRETADA POR

HENRY KENDALL, MARGOT GRAHAM
Y VICTOR STANLEY

DISTRIBUIDA POR

Meyler Films. S. L.

PROVENZA 231 - BARCELONA

TIMBUCTU

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Benedict Tichborne, mantenía relaciones amorosas con su prima Elizabeth. La muchacha vivía con su madre en casa de sus tíos Jorge y Agata.

Aquella mañana Benedict llamó a Henry, su criado, para que pidiese conferencia con su prometida. Henry descolgó el auricular y preguntó:

—¿...Casa del señor Fichborne?... El señor Benedict desearía hablar con la señorita Elizabeth... Cómo? Qué dice, que hace días que está fuera?... Bien, bien.

Cuando Henry dijo a su señor lo que le habían respondido en casa de su prometida, el señor únicamente le dijo:

—Eres un animal, Henry. No entiendes nunca lo que te dicen. ¿Cómo va a hacer días que está fuera, si ayer hablé con ella?...

Benedict se fué al teléfono y comunicó con la casa de sus tíos.

—¿Hablo con la señora Hubbard...? Dígame: ¿qué ha ocurrido a la señorita Elizabeth? ¿Qué dice!... Que no puede decirme?... Póngame con tío Jorge... ¿Qué no quiere hablar? ¿Está ahí tía Agata? No contesta...

Benedict dejó el aparato asustado. ¿Qué pasaría en casa de su prometida? Llamó al criado:

—Henry... Ha ocurrido algo horrible... quizás haya muerto... Nadie quiere acudir al teléfono... Henry, búscame un taxi... voy a ver qué sucede...

Benedict en un instante se vistió y se lanzó a la calle en dirección de la casa de su amada.

* * *

Mientras, en casa de Elizabeth se desarrollaba una escena dramática y calderoniana. El tío Jorge se paseaba frenético por el salón ante su señora, la tía Agata, y su cuñada Guillermina. Tío Jorge rugía:

—¿Pensar que un miembro de mi familia se deshonre a sí mismo... es incomprensible!

Tía Agata intervino para apaciguar.

—Quizá no haya nada malo... ¿No habrás sido mal informado, Jorge?

—No! Vieron a Elizabeth desayunando con un hombre, a las ocho, en el Hotel del Caballo Blanco... Y cuando se desayuna a esa hora, tan lejos, es que hay gato encerrado.

En aquel momento avisaron a tío Jorge que el señor Makepiece deseaba verle.

—Es mi procurador... Ahora vuelvo... Pero antes he de decirles que Elizabeth debe salir de aquí... Debe ir al campo.

Momentos más tarde llegaba a la casa Benedict. Resollando entró en la habitación encontrando a sus tías. Sin apenas saludarlas dijo:

—¿Qué le pasa a Elizabeth, dónde está?

Guillermina apenas si pudo pronunciar la respuesta:

—Pregunta a tío Jorge, Benedict... Yo no puedo decirte...

—Pero tío Jorge ¿dónde está?

—Ahora viene... Mira, aquí está.

Efectivamente, tío Jorge con aquel aire de padre

burlado hacía su entrada en el salón. Benedict fué a su encuentro con extraordinaria ansiedad.

—Tío... Por lo que más quieras. ¿Qué ha ocurrido? ¿Algún accidente? ¿No... ha... muerto, Elizabeth?

—¡Elizabeth se ha deshonrado... moral y socialmente!

—¿Quiere usted decir que...? ¡No lo creo! ¿Qué pruebas tenéis? ¿No me respondéis?

Tío Jorge le miró compasivo y le dijo:

—¡Mala suerte, Benedict...! Pero, hiciste esperar tanto a la chica que...

Benedict, reaccionó y protestó:

—No les creo... Probablemente os está engañando.

Pero cuando le contaron al muchacho lo sucedido, cayó en un estado de desesperación. Luego, compasivo fué en defensa de la muchacha.

—...Pero si todo esto es verdad, lo que necesita Elizabeth es benevolencia... Si la he perdido habrá sido culpa mía... ¡Pero yo no la abandonaré!

Y enérgico preguntó:

—¿Quién es él?

Su tío levantó las espaldas con una expresión de extrañeza.

—Como tú no nos ilumines...

Benedict comprendió, y respondió tristemente:

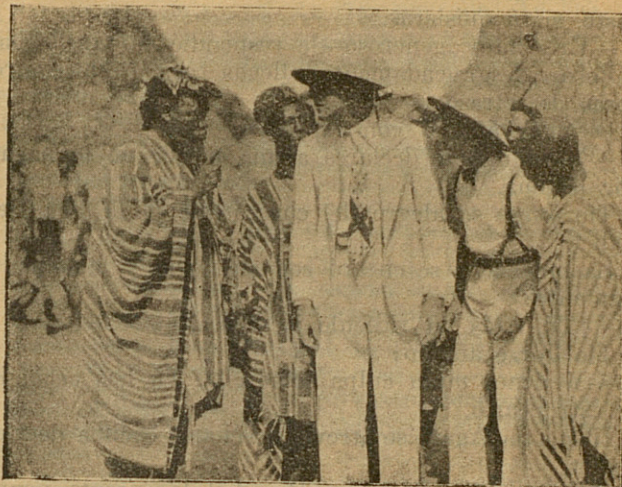
—Oh... No soy yo... ¡Ojalá lo fuera!

—Benedict...—intervinieron las señoras con un gesto de pudor.—Que tus tías están presentes!

El enamorado joven a pesar de lo que le habían revelado de su prometida, estaba dispuesto a perdonarla. Su tía le dijo:

—Benedict, no comprendes... Elizabeth no está arrepentida en absoluto...

Sin que nadie se lo esperase, apareció en la puerta Elizabeth. Estaba tranquila, como si nada le hubiese



El nativo de flamante toca habló al expedicionario en tono de grotesca superioridad.

ocurrido. Todos los presentes la miraron con lástima. Benedict corrió a su lado y no pudo menos que decirle:

—¡Qué has hecho, Elizabeth!...

La muchacha serena le respondió:

—Di lo que quieras, Benedict. ¿Por qué no hacerles caso y condenarme ya?

—Yo no te condeno... Yo... ¡Yo, te admiro! Yo me hago cargo, Elizabeth... Mal o bien seguiste los impulsos de tu corazón... Lo afrontaste todo por una hora de... Bueno... Por una hora de...

La familia de Elizabeth y la propia muchacha quedaron sorprendidos de la forma de reaccionar de Benedict. Nunca lo hubieran esperado de él. Terminó:

—Elizabeth... Yo me casaría contigo con mucho gusto, si tú quisieras...

—Eres muy generoso—le respondió la muchacha. —Pero, desgraciadamente, llegas con veinticuatro horas de retraso.

Después añadió con reproche:

—Y cuando te declares a una mujer no lo hagas por lástima.

Tío Jorge se alegró del chasco que se llevaba Benedict.

La muchacha se encaró con su novio y le soltó lo siguiente:

—¡Tú estás en ridículo siempre...!

Tío Jorge añadió:

—Y tienes tanta culpa como ella. Tú has acabado de estropearlo.

Hasta tía Agata se atrevió a echarse encima de Benedict.

—Todos sabemos que a Benedict le encanta poner a la familia en ridículo.

Cualquiera que hubiese presenciado esta escena hubiera pensado que el desliz lo había cometido el propio Benedict.

—Benedict Tichborne—exclamó con voz de trueno tío Jorge—: voy a decirte exactamente lo que pienso: ¡Eres un parásito!... ¡Un completo inútil! Influencias como la tuya son las que han descarriado a Elizabeth.

El muchacho ante aquellos insultos no pudo aguantar ya más.

—Bien... seré malo... Pero no peor que todos vuestros antepasados.

—Al primer Tichborne lo ahorcaron por cuatrero... El tatarabuelo Tichborne hizo su fortuna vendiendo queso... rancio por cierto. El abuelo Tichborne entró en el ejército y se casó con su cocinera... que resultó mejor estratega que él.

Tío Jorge colérico avanzó unos pasos.

—¡Sal de esta casa y no vuelvas por ella! Te has permitido burlarte de lo más sagrado... Te has deshonrado para siempre... Puedes irte a ... Timbuctú y que tengas buen viaje.

—Bien... ¡Iré! Me quedaré allí y me casaré con una timbuctiana... y habrá Tichbornes negritos para reverdecer el árbol genealógico... Y al primogénito le pondré tu nombre, tío Jorge.

Elizabeth intervino queriendo calmar a su prometido.

—Cálmate, Benedict... En primer lugar, no creo que exista un lugar llamado Timbuctú.

—¡Ya lo creo! Está por Sud América me parece... Pero, esté donde esté, voy allá...

Benedict abandonó la casa de sus parientes. Cuando hubo salido, Elizabeth dirigiéndose a sus familiares les dijo:

—¡Estaréis satisfechos ahora! ¿No comprendéis que si yo no le detengo es capaz de irse a Timbuctú y no volver?

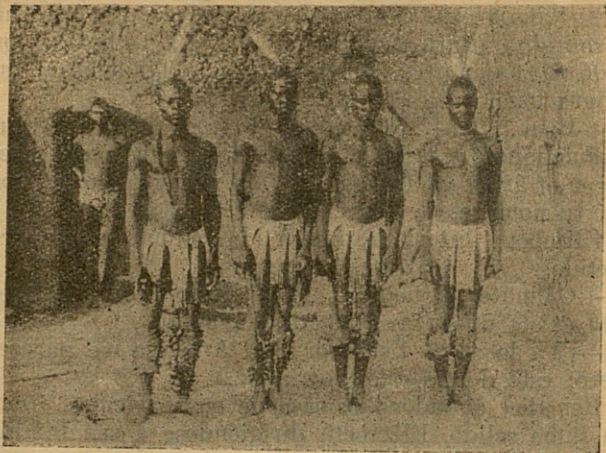
—Elizabeth... Conténtate sólo con un hombre... ¿No tiene marido ya?

—Sois tan tontos como él, entendéis? Y me voy tras de Benedict... Sí, me voy a Timbuctú... si es preciso. ¡Yo conservaré blanca la familia Tichborne!

Benedict al llegar a su casa, había ya decidido emprender un largo viaje para olvidar. Llamó a su criado.

—Henry; nos vamos a Timbuctú. Prepara el equipaje y tráeme un mapa.

En aquel momento llamaron a la puerta. Benedict encargó a su criado que si se trataba de su familia les dijera que estaba muerto. Efectivamente, era Elizabeth y tía Guillermina. El criado les dijo que había ya partido en dirección a Timbuctú.



No podía desearse un cuadro humano de más grotesca indumentaria.

Mientras bajaban la escalera, la muchacha le decía a su madre:

—Bien. Nosotras le seguiremos. Iremos cruzando el desierto... Será emocionante, ¿verdad?

—Es que he oído unas cosas terribles a propósito del desierto.

—No te preocupes, mamá. Te tengo preparada una sorpresa. La Agencia Cook se encargará de todo. Tienen un servicio quincenal con automóviles, y allí hay hotel y todo.

* * *

Benedict tenía preparados ya los últimos detalles para la partida. Tomarían Colombo, Beehar hasta Beni Abbas, sin cruzar, naturalmente, el Sahara.

Hacia unos días que viajaban encima de camellos guiados por un negro llamado Tron.

Por su parte, Elizabeth, acompañada de su madre cruzaban el desierto en una caravana automovilística organizada por la Agencia Cook.

Habían hecho un alto en la ruta y de pronto el guía llamó a los excursionistas.

—Al coche, señores... Lo siento, pero tenemos que reanudar el viaje.

Llegaron a Raggan. Efectivamente, Raggan era un fuerte aislado y la última avanzada de la civilización. Había telegrafía sin hilos, aeropuerto, hostería y taller de reparación de automóviles. Cobijado por el fuerte estaba el pequeño poblado de Teirit.

Los viajeros se dirigieron a un manantial que procedía del subterráneo río Sura, por un túnel abierto a mano.

—Si este manantial se agotara—explicó el guía—morirían todos los habitantes.

En aquel mismo instante Benedict estaba en el campamento de una tribu que organizaron una fiesta en su honor. Los salvajes ejecutaban la danza sagrada llamada del "Cuchillo, de gran efecto espectacular.

Después de abandonar el poblado pasaron delante del Puente de Vine. Tron el guía les explicó:

—Lo construyeron los demonios y sólo los monos pueden cruzarlo.

Una joven apareció en la entrada del puente.

—¿Quién es esta mujer?

—Es una hechicera, amo... La guardiana del puente.

Al día siguiente llegaron al poblado de Teni, cuartel general de Batua, jefe de los yakubas. Un negro se adelantó a la comitiva y les dijo:

—El gran jefe Batua viene a llevarte a su tribu, donde habrá grandes fiestas y mucho baile.

viajeros fueron en dicho poblado objeto de toda clase de atenciones. Su alegría no duró mucho al averiguar que los yakubas era una tribu de caníbales... en otros tiempos.

Durante la comida el jefe pronunció un discurso en honor de los viajeros.

—Me gusta su discurso...—comentó Benedict—. Me recuerda los banquetes del ayuntamiento.

El jefe seguía hablando. Tron le traducía las palabras.

—Dice que eres un gran hombre blanco y admirable cazador... y que debes traer buenos regalos.

—Ah, vamos... Eso es un sablazo aquí y en Londres.

Al terminar el banquete empezó la fiesta. Primero aparecieron los payasos de yakuba que daban unos saltos grotescos. Después vinieron unas mujeres bellísimas.

—Son las hijas de los jefes. Sólo bailan en las grandes solemnidades.

La fiesta se prolongó hasta la madrugada. Benedict en seguida que pudo se retiró a descansar.

Al llegar al cuarto que el jefe les tenía preparado, Benedict encontró en su cama a un negro.

—Henry... Echalo de ahí. Dile que se vaya!

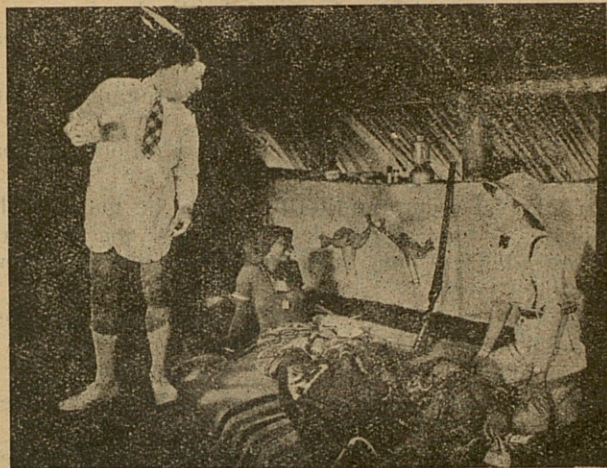
Henry se hascó la cabeza y murmuró:

—¿Cómo se dirá en africano?

Pero no tuvo necesidad de esforzarse. Le enseñó la puerta y el negro en seguida comprendió el lenguaje de los mudos.

* * *

En el corazón del desierto, sin un oasis en trescientas millas a la redonda, dos automóviles rompían la monotonía del paisaje. Elizabeth, bajó la primera y contempló aquella soledad.



Un instante supremo capaz de hacerle morir de angustia al más austero de los mortales.

—¡Qué maravilloso espectáculo el del desierto a plena luz!

Su madre que la había seguido confirmó:

—Parece interminable, Elizabeth... como el mar... Tan llano todo en derredor.

Reanudaron de nuevo la marcha y después de una corta estancia en Tabankost, llegaron los excursionistas a la última etapa... Gao.

La sorpresa de los viajeros fué extraordinaria al encontrarse con que Gao es una alegre ciudad en las orillas del río Níger. Hay calles y casas, y hasta un verdadero bazar. La vida allí es menos áspera que en los poblados que habían visitado.

El guía daba pormenores de la ciudad.

Elizabeth disfrutaba con aquel paisaje. Apenas si se acordaba del objeto de su viaje. Exclamó:

—¡Cómo me gustaría ir por el río! ¡Sería un viaje tan apacible!

Después dirigiéndose al guía le preguntó cuánto faltaba para llegar al fin de la ruta.

—Ahora sólo nos faltan seiscientos kilómetros para llegar a Timbactú.

La caravana emprendió de nuevo la marcha. El panorama a medida que se avanzaba se iba haciendo más agradable. Como cogieron buen camino, empezó el motor a rugir.

—A este paso llegaremos primero que Benedict, que salió mucho antes.

La muchacha consultó el plano y añadió.

—No podemos estar muy lejos... Mira... Ayer estábamos aquí...

Y señalando con el dedo una distancia de unos seis centímetros, terminó:

—No queda más que esta distancia.

* * *

A Benedict se le había presentado un problema. Los negros portadores de los camellos se negaron a continuar. Tron fué el encargado de comunicar la nueva.

—¿Qué sucede?—preguntó Benedict ante la actitud de aquellos hombres.

—Nada bueno, señor... Los portadores no quieren seguir adelante.

—¿Y por qué?

—Temen a los tuaregs y les asusta el desierto.

Benedict soltó una exclamación que casi asustó a los portadores. Luego añadió:

—¡Vaya! Bueno, pasaremos sin ellos... ¿Quién viene con nosotros?

Tron se adelantó.

—Yo y mis cinco yakubas. Nosotros vamos contigo, amo.

Y volviéndose señaló a la muchacha que habían en contrado en el puente.

—Y Wamba, la hechicera, vendrá también para protegerte de los malos espíritus del desierto.

Benedict lanzó una sonrisa a la muchacha.

—Es muy amable... Bien, Henry. Puedes despedir a los portadores.

La caravana había recorrido unas cincuenta millas, cuando Tron hizo una señal para que parasen. Se tendió en el suelo y pegando el oído en la arena escuchó. Después de unos breves momentos ordenó con voz enérgica.

—Abajo...! Al suelo!

Todos obedecieron como un solo hombre. Benedict arrastrándose se acercó hasta el lugar que se encontraba el guía. Con ansiedad le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Andan por ahí cerca los tuaregs.

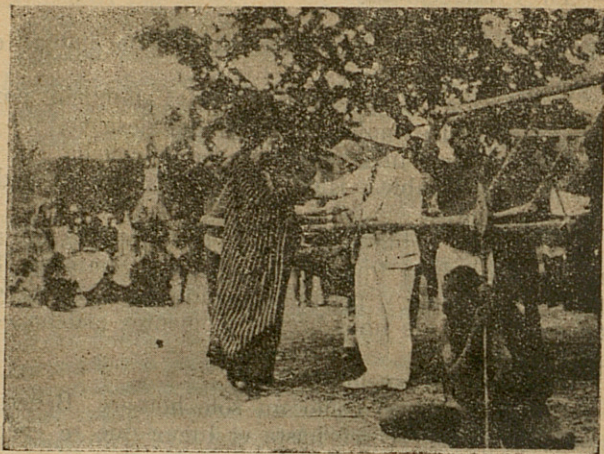
—Estás seguro?

—Conozco perfectamente las pisadas de sus caballos.

—Bien—respondió Benedict.— ¿Qué tenemos que hacer?

Tron observó los contornos. A una distancia de unos cien metros había un montículo de arena. Allí podrían pasar desapercibidos si los tuaregs se acercasen. Se lo indicó a Benedict y siempre a rastras llegaron al lugar indicado por el guía.

Al cabo de unos minutos vieron aparecer una partida de Tuaregs en dirección donde se encontraban ellos. Tron movía la cabeza reflejando la mala situación en que se encontraban. Pero les esperaba otro susto. Por el lado opuesto y también en dirección a ellos se acercaba un grupo de jinetes.



El expedicionario saludó al negro no sin cierta repugnancia.

—¡ Ahí viene otra partida de ellos!

—¡ Estamos perdidos!—exclamó Benedict—. Henry, siento haberte metido en este jaleo.

Henry valiente replicó:

—Quien nada arriesga, nada gana.

Los grupos de jinetes se iban acercando más y más. De pronto Tron hizo una exclamación de júbilo. La partida que habían divisado últimamente no eran tuaregs, sino un destacamento de la policía.

Los tuaregs al darse cuenta que habían sido descubiertos dieron media vuelta y salieron huyendo. En aquellos momentos llegaba la patrulla de la policía que al ver a los expedicionarios descendieron de sus cabalgaduras. El oficial adelantó unos pasos y saludando dijo:

—A sus órdenes, señores.

—Gracias, oficial—exclamó Benedict—. A no ser por ustedes quizás no hubiésemos podido llegar a Timbactú.

El oficial sonriente agradeció el cumplido. Luego añadió:

—Los tuaregs son como los niños... Hay que castigarles alguna que otra vez.

Benedict ofreció a los soldados unos vasos de licor. Pero el oficial, excusándose manifestó:

—Perdone, señor. Tenemos que partir en seguida. Hemos de estar en Timbuctú cuando lleguen los turistas...

Benedict se quedó asombrado.

—Turistas?—preguntó.

—Sí, turistas...

El oficial le explicó en pocas palabras el servicio regular de automóviles organizado por la Agencia Cook.

—¿Y esos coches cruzan el Sahara regularmente?

—Sí, señor. Hay servicio regular cada quince días. De poco Henry no cae de espaldas.

—¿Y pensar que hemos andado tres mil millas, cuando podíamos haber...!

Benedict temiendo el ridículo si se enterasen, le amenazó.

—Henry, ¡si dices una palabra, te asesino!

Por fin llegaron a Timbuctú. Una vez en la ciudad se dirigieron al hotel. Después de haber escogido la habitación, salieron a dar un paseo. En el mercado junto a unos vendedores había dos señoras europeas. Henry al verlas se quedó plantado y dijo:

—Señor, mire allí está la señorita Elizabeth.

Benedict soltó una carcajada.

—Henry, el sol del desierto te ha trastornado la cabeza...

...ero la risa de Benedict paró en seco. Hacia él, efectivamente venía Elizabeth, acompañada de su madre Guillermina. La muchacha se acercó al joven y le dijo:

—Benedict... Yo... tenía que venir a encontrarte...

—Y tu marido?

Elizabeth sonrió.

—No hay tal marido... Ni lo hubo nunca. Pasé la noche en un hotel con el matrimonio Whitfield. Y como la señora Whitfield tenía jaqueca no bajó a desayunar...

Benedict respiró. Pero quiso reprocharle ahora su silencio.

—¡Bien podías haberlo aclarado!...

Guillermina intervino:

—¿Pero vais a pelearos después de toda esa caminata?

FIN

Próximos números:

*EL LOCO AVIADOR Y CAMINO DE
PARAISO*

Super-comedia, estreno de la temporada, por
los insuperables

LORETTA YOUNG Y JACK MULHALL.



10

UNION, 21.—BARCELONA